

«Teatro/Expres» presenta hoy un documento singular: los comentarios, escritos o dibujados, de los jóvenes espectadores (de 4 a

13 años) de una representación teatral —«Catacroc»— dada el pasado mes de octubre en Baracaldo por el grupo catalán «Els Comediants». Es-

ta representación dedicada a los alumnos de las escuelas, formaba parte de una gira realizada por el Norte de la Península. Posteriormente,

EL DOSSIER DE BARACALDO

Una carta de amor

En general, un buen programa para la mente irreal y fantástica del niño, que a su vez crea su propio mundo. Es proporcionalmente interesante. Y un tanto cultural, por decirlo así.

Buena mímica. Como término de esta redacción, habría que decir que los autores eran fantásticos.

«Pare Joan»

Eres un hippy, hippy al igual que tus compañeros, pero no tienes una cosa en común, que eres guapo y me fastidia que estés casado. Por una parte, y por la otra no, ya que eres

libre y tienes derecho a vivir tu vida. Pero me encantas, chico. Bueno, soy muy pequeña para aspirar a más, pero hay chicos que me encantan; pero vamos, es que tú...

Sois unos chicos fantásticos. Jamás olvidaré grupo más «chic» que vosotros.

Bueno; esto, más que una redacción, como se suponía, es una carta. ¿No te parece? No sé lo que pensará tu chica de «esto»; pero yo creo que no se enfadará; porque, al fin y al cabo, son niñerías.

Bueno, Joan, amigo, no quiero que nadie se entere de esta carta, excepto los de tu grupo. Puesto que no me agradan las malas lenguas. No te rías de mí. Ya ves, sólo os conocí ayer y ya os trato de tú. ¿Qué te parece? Si las monjas se enteraran de esto, rápidamente se lo comunicarían a mis padres; pero yo

no quiero que se enteren. ¿Me ayudarás, verdad? ¿Que cómo? Lo sabes tan bien como yo. Eres catalán y a lo mejor no me entiendes. Espero que sí. Bueno, Joan, con un cariñoso afecto de una amiga o como tú quieras,

G. G.

NIÑOS VIEJOS

La obra del otro día estuvo bastante bien. El vestuario fue muy original. El cerdo con su rojo vivo, los del oso, etc.

Aunque quizás lo más bonito de este teatro sería el cambio de luces; cuando salió la bruja y mezclaron aquellos colores oscuros con la bengala que este personaje llevaba, impresionó mucho; también me gustó mucho el domador y sus fieras, sobre todo el pájaro aquel que se asomaba por encima de las cajas. y la obra del cerdo.

Lo que no entendí es lo que significaba aquel hombre muy alto que salió varias veces en el escenario como imponiendo paz entre los personajes.

N. G.

Estaba bastante bien realizada, aunque el bullicio de los niños pequeños no dejaba oír nada. Lo que más me gustó fue el cambio de luces, el vestuario, de unos colores muy vistosos; las canciones y algunas escenas. Los primeros juegos fueron muy divertidos y participaban los niños; las canciones eran armoniosas y bonitas, aunque, como ya he dicho antes, y vuelvo a repetir, los pequeños párvulos gritaban y corrían. Yo creo que esta obra es más bien indicada para ellos, los cuentos y las fantasías les ilusionan y divierten. Para los demás, no creo que sería autorizada (adecuada), ya que se ríen de los actores creyendo que todo lo que hacen son bobadas. Yo soy de estos últimos, pero a mí me gustó bastante; lo demás, no me dejaron verlo.

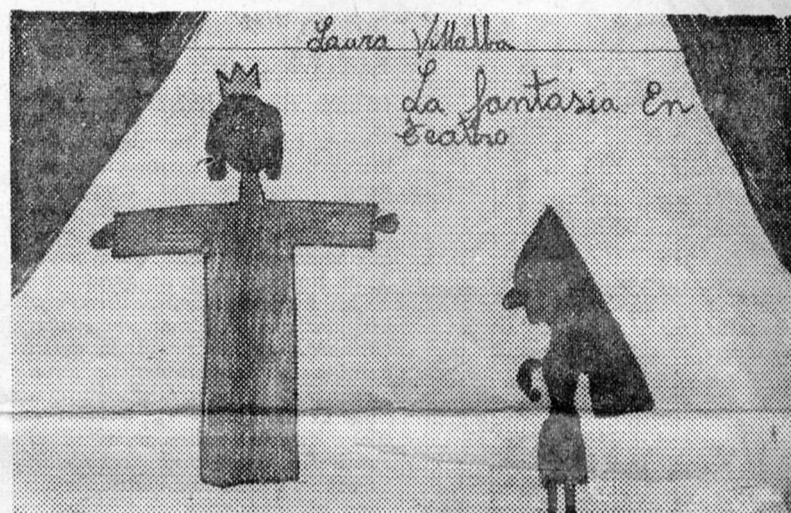
V. C.

Opino que en el teatro del otro día, algunas cosas eran más bien para niños pequeños; por otra parte, a mí me gustó mucho porque participaban los niños en los juegos, aunque tenían que haber puesto más orden y mandar que estuviesen en silencio.

M. L.

Fue bonito y divertido, aunque no era para nuestra edad, pues se lo pasaron mejor los pequeños que nosotros. Hubo algunas cosas que nos divertieron; por lo menos me gustó el cuento de los habitantes que siempre están durmiendo; lo del pastel y la entrada.

B. M.



pectáculos no pretenden instaurar una distancia entre los de arriba y los de abajo, sino, por el contrario, suscitar el fenómeno teatral a partir de la utilización conjunta de unos elementos previamente estudiados y ordenados según una clara intencionalidad dramática. A medio camino entre el «happening» y la representación convencional. «Catacroc», que tiene toda la simplicidad de las onomatopeyas, invita al desbloqueoamiento y al ejercicio, cada vez más difícil, de la espontaneidad; las representaciones suelen acabar con un largo e improvisado fin de fiesta, donde los niños juegan y bailan hasta el agotamiento.

No es sorprendente, pues, que «Catacroc» sea un espectáculo provocador para los espectadores adultos que tienen una concepción del teatro tan monolítica como estrecha y que difícilmente pueden admitir como «teatral» todo lo que se aparte algunos milímetros de la comedia de salón o del retrato de caracteres. En estos espectadores, «Catacroc» ha de producir forzosamente una actitud de rechazo, un juicio condenatorio o una sonrisa paternal de desprecio. Lo verdaderamente sorprendente —y por eso vale la pena publicar el «dossier de Baracaldo»— es que esta actitud se dé también en los niños o que se dé «ya» en ellos en una edad tan temprana como los diez años. Los comentarios aquí reproducidos, que corresponden a niñas de diez a trece años de un colegio de monjas —salesianas— son tremendamente reveladores.

Muchas de estas niñas, sin duda, no habían visto jamás una representación teatral, a parte de las que deben organizarse en su propia escuela. Y, sin embargo, tienen ya las mismas ideas teatrales que sus mayores. El «dossier de Baracaldo» muestra hasta qué punto el actual sistema educativo es eficaz como instrumento de transmisión ideológica: incluso sin una educación teatral específica, las niñas de once años saben ya «cómo hay que comportarse» frente a un producto dramático. Tienen una idea muy clara de lo que debería ser un objeto cultural y sienten frente a lo que se aparta de ella un desprecio tan contundente como el del público de Capri ante un Living Theatre o, incluso, un Ronconi.

A los diez años no sólo han adoptado los esquemas de la crítica convencional (el juicio ponderado —«estaba bastante bien realizada»—, el adjetivo de trámite —«el vestuario fue muy original»—) sino también el estilo literario de esta crítica: las niñas de las Salesianas de Baracaldo saben ya escribir frases retóricas, desprovistas de todo sentido pero con apariencia de tener alguno.

El párrafo que encabeza la extraordinaria carta de amor dirigida por G. G. a Joan Font no puede ser más espeluznante; se abre con un habilidísimo «en general» que a nada compromete y que muestra ya el gusto de su autora por las matizaciones, su resistencia ante las afirmaciones claras y sin ambigüedades; sigue a continuación una sentencia de pretensiones científicas sobre «la mente irreal y fantástica del niño que a su vez crea su propio mundo», que no sólo asimila lo imaginativo a lo irreal (y por tanto lo aparta del circuito de lo cotidiano) sino que, además, coloca a G. G. en una doble posición de superioridad: por su capacidad de juzgar «científicamente» y por su distanciamiento respecto a lo infantil. El párrafo se cierra con un non-sens increíble —«proporcionalmente inte-

resante»— y con una inevitable alusión a lo cultural, «por así decir». La niña G. G., que se califica a sí misma, en otro escrito, de actriz y de poetisa que cuenta en su haber «muchas poesías, todas ellas bonitas a opinión de mis colegas, modestia aparte» y que confiesa que «todo me sale perfecto cuando quiero», podrá convertirse en un buen crítico convencional.

G. G., con su desprecio por lo infantil, podría ser una excepción aberrante. Podría ser la inevitable Susanita de «Mafalda». Lo terrible es que, en esta «tarde soleada» baracaldesa la sala estaba llena de Susanitas, acaso menos espectaculares en sus manifestaciones que G. G., pero igualmente prometedoras. Todas las alumnas de más de diez años coinciden en calificar «Catacroc» como un espectáculo «infantil», «para pequeños», para entretenimiento de «párvulos».

Este público joven que asimila el pelo largo a los hippies y que se siente al mismo tiempo seducido y molesto ante ellos, reivindica ya, de hecho, un teatro serio, un teatro «cultural»; un teatro trascendente y, en suma, aburrido, aunque dotado de la legitimidad que confiere siempre el tedio a los productos artísticos. Estas niñas lapidarían también a Valle Inclán y concederían a Benavente el premio Nobel. Son carne de mal teatro y como dispondrán para sus ocios de un buen televisor no irán al teatro o sólo irán de vez en cuando y cuanto más se aburran más contentas quedarán. Y, excepcionalmente, comprarán una butaca de revista como válvula de escape. Allí compensarán su frustración de espectadoras y acaso encuentren, además, algún vestigio de lo que hoy, a pesar de todo, las impresiona y seduce: los cambios de luces, los trajes vistosos, los «gags», lo espectacular y, probablemente, una risa de la que después se avergonzarán como hoy se avergüenzan de haber reído en una obra demasiado «infantil» que no conviene a su condición de gente seria. Subrepticamente, nuestra sociedad inculca a sus hijos el gusto de lo serio y los destruye como futuros espectadores de un teatro abierto e imaginativo.

Jaume MELENDRES

ASI ES LA VIDA

Era una tarde, soleada; a las tres, en que todas las niñas debíamos estar en clase, por un milagro de Dios por decirlo así, perdimos las dos horas de dibujo, asistimos como buenas niñas a un fabuloso programa, la presentación en Baracaldo por primera vez de los «Comediants», que es un grupo de chicos y chicas todos ellos españoles-catalanes, y muy simpáticos, por cierto, ya que estuvimos hablando con ellos y realmente lo son.

Pasarán los días, se marcharán y sólo nos habrá quedado el recuerdo de este grupo que poco a poco, a medida que pase el tiempo, se marchitará. Hasta que vuelvan otra vez y recuerden a los amigos que han dejado. Nos han dicho que sois el verdadero grupo de verdadera juventud.

Unos van y otros vienen. Así es la vida. Nosotras las salesianas no os olvidaremos jamás, no sólo por la representación sino además porque en vosotros está verdaderamente la juventud de Dios.

T. L.

